PARA LEER | "¡QUE SE VAYA¡", Artículo de Xavier Lasso Mendoza.

Es como si en Guayaquil, un hombre de aspecto blanco mestizo, de vestir que desvela una cierta pobreza material, gesticula, grita y, quién sabe, hasta llegaría a lanzar piedras contra los ventanales de un famoso club, como el de La Unión, club de ricos, de la burguesía guayaquileña, heredera de la bonanza cacaotera, de ricos comerciantes, de banqueros que hasta emitían su propia moneda.

Todos los transeúntes de ese barrio populoso, el club es un enclave extraño, como desafiando tanta pobreza, incluso miseria, podrían llegar a pensar que ese “comunista” protesta contra la injusticia social.

Pero el tiempo quizá deje claro, luego de verlo entrar finalmente a ese recinto de gente rica, que en realidad lo que anima a ese hombre es un profundo resentimiento personal, por la imposibilidad de ascender, ser uno de ellos, así no hay cómo. Hay que abrazar el servilismo, “blanquearse”, para poder dejar atrás los manteles de plástico, cambiarlos por unos de lino con encajes.

Aceptado como sería, su vida adquiriría otras angustias, las de no saber hasta cuándo podría compartir semejante mesa porque jamás le alcanzaría para ser uno de ellos, de estar a la altura de sus usos y costumbres. El miedo a ser expulsado le produciría pesadillas, dicen que hasta lloros, con sorbidas de mocos y todo, como de niño y sus berrinches.

En su barrio de origen, lejos del famoso club, con calles de fango, la gente dejaría de respetarlo, es que lo que parecía altruismo, en realidad era arribismo y lo maldecirían por traidor, capaz de vender hasta a su propia madre con tal de compartir los manjares que esas otras mesas le ofrecerían.

Su aspecto cambiaría, envejecería muy rápido, no dejaría de cargar un rictus de amargura, se helaría al escuchar esa canción en donde se advierte “que pagarán su culpa los traidores”.

En efecto el traidor al final se queda solo porque un manto de sospechas siempre lo precede, no hay como lavar esa miseria. Su condena es la enorme oscuridad, la del verdadero apestado, del que no hay como confiar. Un traidor no duerme, finge dormir; no hay risas, solo quedan muecas; al mirarse al espejo no hay nada por qué sentir orgullo. Él mismo se siente un guiñapo. Ni los dólares mal habidos, que se amasan para la ropa cara, los utensilios de plata y tazas de porcelana fina, para el té al estilo de los ricos, darán consuelo.

Pero los años nos traerían un personaje que no corresponde al estereotipo guayaquileño, hoy sería del Oriente ecuatoriano más bien; el club no sería La Unión, es uno más grande: el FMI.

Aun lo reciben en los grandes salones, es que su servilismo es todavía funcional, pero ya pronto, cuando haya terminado la tarea, asfixiar al pueblo, a su propio pueblo, desde los medios empresariales, comerciales, desde la misma “embajada”, lo harán a un lado, lo despreciarán, y el vivirá como el personaje de una tragedia, porque las circunstancias no lo pusieron ante unos ventanales, él pudo se parte de la historia si no torcía el rumbo, si no se enfundaba el traje de miserable. Se quedará solo, abandonado, hasta la misma historia deberá hacer un enorme esfuerzo para dedicarle dos líneas, porque las futuras generaciones las considerarán exceso.

Personaje menor, por su intelecto, (¡como avergonzaban sus discursos¡) que habiéndose prestado para muchas traiciones, ha terminado devastando a la sociedad ecuatoriana, eso será imposible olvidar.

Parece le ha llegado su hora, la de fugar para adelante, para arriba, al Norte, que allá le den cobijo, al fin y al cabo eso fue parte del pacto.

Que se vaya, con su familia y todas las condesas, ya luego se verá cómo se arregla tanto desorden. Sin embargo la ignorante burguesía nacional y sus acólitos seguirán quejándose, no por él, sí porque deberán aguantar otro periodo de populismo progresista. Esa burguesía que hoy dice que la dejen trabajar, la huelga los paraliza, nunca repararán que ese es el ancestral grito de millones, de millones que viven en la pobreza y no encuentran trabajo.

Ellos engendraron al traidor, lo convirtieron en esa vergüenza que ni siquiera se puede nombrar. Que se vaya, que se vayan otros poquitos más, que nos dejen trabajar, es que con políticas sociales millones dejarían atrás tanta pobreza.

Xavier Lasso